COSTA RICA EN IMÁGENES*

Víctor Hugo Acuña Ortega
Escuela de Historia, Universidad de Costa Rica

Toda comunidad humana es una colectividad de imágenes compartidas, censuradas, olvidadas, idealizadas, reales y fantasmales, de unión y desunión, de júbilo y de vergüenza. Las imágenes poseen el gran poder de brindar color, textura, perspectiva y apariencia de realidad y materialidad a las memorias colectivas. No es un azar que los modernos estados-naciones, siguiendo el ejemplo de las monarquías absolutas y de la Iglesia Católica, hayan realizado todo un trabajo de producción, de fabricación y de manipulación de estímulos visuales, representaciones, escenificaciones, iconografías y símbolos, para asegurarse la lealtad de sus súbditos o ciudadanos y para modelar sus identidades.

Precisamente, hoy estamos reunidos para reconocer nuestra deuda con una de las primeras personas que produjo de manera prolija, alegre y desenvuelta imágenes de nuestro pasado, de nuestro territorio y de sus habitantes. En efecto, José María Figueroa Oreamuno fue uno de los primeros costarricenses que se propuso conscientemente construir nuestro país en imágenes, por medio de su, hasta el presente poco conocido, Álbum. Este singular documento de fines del siglo XIX, es un gigantesco mural desplegable en donde, como en un fuego de artificio, estalla un caos de imágenes de Costa Rica en diversas épocas y lugares. Esta noche en homenaje a su autor y a su obra me permito evocar delante de ustedes algunas de las imágenes de nuestro país que a mí y, posiblemente, a muchos de ustedes nos han marcado.

La tarea sería fácil si nos circunscribiéramos al siglo XX y en especial a su segunda mitad cuando la televisión ha invadido para siempre nuestras vidas. No sería tan sencillo recorrer mentalmente con imágenes la Costa Rica colonial o la Costa Rica antigua, cuando el territorio no había sido aún invadido por los europeos. Es sabido que no somos herederos de fas-

* Conferencia dictada por el autor el día de la inauguración de la exposición de "El Álbum de Figueroa: viaje por las páginas del tiempo". 23 de julio de 2001.

tos coloniales, ni de grandes monumentos indígenas. Esta es precisamente la fascinación que ejerce sobre el que mira el documento de Figueroa, porque nos propone abundantes imágenes de esas épocas y del siglo XIX, ilustraciones, muchas de ellas, tan anacrónicas como las de las natividades y madonas de los ingenuos artistas medievales. En ese sentido, Figueroa nos seduce y nos confunde porque los conquistadores no estaban vestidos como los soldaditos de plomo de nuestros juegos de infancia. En el fondo este artificio no nos inquieta porque su invención permite dar cuerpo a nuestro pasado.

Nuestro siglo XX está poblado de imágenes: fotografías, caricaturas, grabados, pinturas, acuarelas, películas, videos, logotipos y rótulos de neón, y convivimos con paisajes, monumentos, esculturas, murales y edificaciones a las cuales les atribuimos valor y sentido. Si quisiera enumerar algunas de ellas podría empezar con los grabados de Francisco Amighetti, convertidos en época reciente en signo de nuestra identidad nacional; pero también podría evocar, melancólicamente, los dibujos de artistas como Juan Manuel Sánchez en viejos silabarios y libros de texto o las ilustraciones de la primera edición de los Cuentos de mi Tía Panchita. También con tristeza y un poco de indignación podría mirar las fotografías de Manuel Gómez Miralles de una ciudad de San José, hace ya más de medio siglo mutilada y destruida. En algún momento de la segunda mitad del siglo XX las casas de adobe de Fausto Pacheco se convirtieron en icono por antonomasia de la identidad nacional, quizás por ser más lo que ocultan que lo que muestran. Posiblemente, también ya se han integrado a nuestro patrimonio colectivo visual las ilustraciones y las caricaturas de Hugo Díaz. Pero no necesariamente las imágenes de nuestros mejores artistas, son las de mayor difusión dentro de la comunidad de los habitantes de este país y fuera de nuestras fronteras.

En efecto, hoy les vendemos a los turistas los billetes de cinco colones que reproducen imágenes de las pinturas del Teatro Nacional y les hacemos comprar nuestras carretas pintadas en los más diversos tamaños y funciones. No escapan de ese comercio turístico de la identidad nacional los cigarrillos Ticos y la cuarta de guaro en botella de plástico Cacique. No solo eso les hacemos comprar pues también se llevan tucanes de madera, ranitas de barro y esculturas hechas con raíces de arbustos de café.

Detenerse en estas imágenes de la Costa Rica integrada en el mercado global de los destinos turísticos puede parecer un poco frívolo; pero no podemos negar su eficacia en su función de estereotipos para la producción

visual de nuestras identidades. El logotipo de los cigarrillos Ticos es una carreta pintada, mientras que el del guaro Cacique es un indígena con cuatro plumas. Recordemos que también operan como logotipos de la nación las llamadas aguilillas de oro y las esferas de piedra de los antiguos indígenas del sur de Costa Rica.

Las imágenes de la identidad tienen, por supuesto, historia, es decir, se hacen y se deshacen en el tiempo. Sabemos que transcurrió una buena cantidad de años entre el momento en que se inició la costumbre de decorar las carretas y el descubrimiento de las posibilidades que ofrecía para dar una imagen de nuestra nación. Biodiversidad y la cascada de imágenes que el término despierta, es una de las invenciones más recientes que hoy asociamos con nuestra identidad. De igual manera, en este momento no podemos saber si los iconos hoy vigentes de la nación costarricense sobrevivirán a lo largo del siglo que comienza.

También parece de la mayor relevancia tratar de conocer cuando y como los indígenas fueron incluidos en las imágenes de nuestra identidad nacional. Ciertamente que a lo largo del siglo XIX, los indios vivos y contemporáneos no fueron vistos como parte de la nación. Solo después de cierto momento, en los últimos decenios del siglo XIX, los indios desaparecidos o más bien los rastros que habían dejado en piezas arqueológicas fueron considerados tema de interés. Precisamente, da testimonio de esta nueva preocupación el trabajo como dibujante y explorador de José María Figueroa. Así, cuando se fundó el Museo Nacional en la década de 1880, donde nuestro personaje trabajó como dibujante, empezaron a integrarse a la "base de datos" visual de nuestra comunidad imaginada, la cerámica y la escultura lapidaria de los aborígenes que habían habitado el territorio de Costa Rica. Figueroa también se interesó por los indios vivos que habitaban en los lugares más remotos de nuestra geografía, pero para él, como para la mayoría de sus contemporáneos, tales indios difícilmente podían darle sentido y fundamento a nuestras identidades. Solamente mucho más tarde, en algún momento del siglo XX, el indígena empezó a ser subsumido en la imagen de lo nacional, pero posiblemente de manera abstracta y más o menos artificial. Hoy se afirma que Costa Rica es un país multicultural y no un país blanco y europeo y, actuando en consecuencia, hoteles, centros comerciales y salones de convenciones llevan nombres indígenas y el 12 de octubre ya no es más el "día de la raza".

Hace medio siglo, ni los negros se consideraban costarricenses, ni los co-

starricenses querían que los descendientes de los jamaiquinos se convirtieran en sus compatriotas. Hoy, no obstante, miramos con interés y curiosidad las fotografías antiguas de las plantaciones bananeras y no hemos olvidado aún aquella primera vez que fuimos en tren a Limón. Hoy incluimos dentro de las imágenes de lo nacional diversos elementos de la cultura afro-limonense. Además, ¡qué sería de la gran pasión nacional de nuestros días sin sus estrellas negras!

Las imágenes de la identidad no solo cambian en el tiempo, sino que son diversas y sus significados son contradictorios. Una reciente imagen de televisión de un vehículo con cristales rotos y una mancha de sangre en el respaldar del asiento del conductor está en nuestras mentes desde hace dos semanas, imagen que nos provoca sentimientos confusos de temor y desconcierto. De repente, nos vemos obligados a preguntamos ¿qué ha pasado? ¿Adónde han ido a parar nuestros mitos que tanto nos reconfortaban?

Empero, en el remolino de las imágenes no hay discriminación y las terribles y trágicas se mezclan con las ridículas y patéticas. Nunca he visto una fotografía, ni creo que pueda existir y ni siquiera tengo certeza que la anécdota sea verdadera; pero muchas veces he imaginado al presidente Otilio Ulate en el instante en que era atropellado por una bicicleta, camino de su despacho. Humanos que son como todos nosotros, nuestros gobernantes a veces extravían su investidura; de modo que en un acto oficial, en un matrimonio, en un bautizo, en un entierro o en una misa, sin percatarse, ya sea por inocencia, ya sea por vanidad, enriquecen nuestra memoria colectiva con escenas cómicas e, incluso, ridículas.

Imágenes solemnes, también las tenemos: pienso en la fotografía de don Pepe con un mazo en sus manos frente a un desafiante muro del viejo Cuartel Bellavista. Del mismo orden sea quizás la fotografía del Dr. Calderón Guardia, en compañía de Monseñor Sanabria y de don Manuel Mora desfilando en jeep a la cabeza de una gigantesca manifestación popular. Quizás también se sitúe en un nivel similar, el video de la ceremonia de condecoración del presidente Oscar Arias Sánchez con el Premio Nobel de la Paz.

No obstante, para la gran mayoría del pueblo la imagen de Claudia Poll ascendiendo al podio olímpico para recibir su medalla de oro quizás sea mucho más emotiva. En esta misma categoría tal vez se sitúe algún gol memorable de la Selección Nacional de Fútbol. Supongo que tampoco de-

beríamos omitir a Franklin Chang ingrávido en el transbordador espacial.... saboreando una Tortirrica. Es posible, sin embargo, que el icono solemne por excelencia de nuestra identidad sea el Teatro Nacional.

Hay imágenes que nos jubilan y nos invitan a la ensoñación y hay otras que nos interrogan. ¿Acaso no nos impresionan las fotografías de la tragedia del río Virilla? Un sentimiento similar experimentamos cuando tenemos en nuestras manos fotografías del terremoto de Cartago o de las primeras erupciones del volcán Arenal. Muchas son las imágenes ante cuya fuerza de interpelación preferimos quedarnos con los ojos cerrados. Es imposible mirar esas siluetas borrosas de menores esclavizadas en la prostitución, bajo la luz mortecina de una calle de la capital. De igual manera, preferimos olvidar las imágenes de niños e infantes agredidos y abusados por parientes y progenitores. No menos sórdido es lo que imaginamos del mundo de las prisiones costarricenses, visiones que ponen en su justa dimensión el tamaño de nuestras ilusiones colectivas. Quizás, nos podríamos preguntar si tienen rostro los inmigrantes que han llegado y no dejan de llegar desde el otro lado de nuestra frontera norte.

El mundo de las imágenes es un mundo de competencia. Hay imágenes que nos son impuestas por la propaganda y por la publicidad. Precisamente, nos ha tocado vivir una época en la que los seres humanos somos juguete de los "creativos" que hacen de nuestros deseos fantasmas y de nuestros fantasmas deseos. La crisis de la vida de la república tiene mucho que ver con la transformación del debate político en un asunto de expertos en comunicación y de ingeniosos publicistas y con la invasión en la esfera de lo público de la prédica televisiva.

Pero las colectividades se apropian de las imágenes a su manera y aún las más eficaces campañas de marketing comercial o político no tienen éxito mientras no sean asumidas, a su manera, por la gran masa de la población. En los momentos difíciles del debate sobre el "combo", el gobierno convocó a la historia en imágenes para hacer valer sus supuestas buenas razones e intenciones; sus resultados son de todos conocidos. Frente a imágenes de manipulación se levantan imágenes de resistencia e imágenes de devoción a un ideal y de fidelidad a una convicción profunda. Este es el caso, es posible, de la imagen de la Virgen de los Ángeles. También se puede afirmar que las imágenes de nuestras bellezas naturales concitan ideales y valores compartidos por un amplio sector de nuestra población.

En la etapa actual Costa Rica está ampliamente invadida de imágenes publicitarias efímeras y se encuentra totalmente ayuna de visiones compartidas colectivamente en donde se jueguen convicciones profundas. Vivimos una época de crisis de nuestras identidades y los distintos actores hacen diversos ensayos. Unos imaginan, por ejemplo, que la reconstrucción de la Casona de Santa Rosa podría ser una alternativa, otros, con menos candor, que promover el emocionalismo religioso es la solución, y otros que "comer fútbol, beber fútbol, soñar fútbol, etc.", como reza un mensaje televisivo, es la mejor forma de sentirnos en comunidad.

Pero lo cierto es que las imágenes, aunque tengan su propia vida y autonomía, no pueden independizarse totalmente de la realidad. Los imaginarios no pueden ser solo evasión de lo real, deben ser también interrogación e invención de nuevas realidades. José María Figueroa, con sus textos y sus imágenes, inventó una cierta mirada sobre nuestro país, mirada que por cierto fue poco conocida por sus contemporáneos. Tal vez hoy no nos queda más remedio que volver a rehacer nuestra mirada sobre Costa Rica, tarea en la que habrá añoranza por lo que ya se fue; por ejemplo, el mundo del cafetal que poco a poco será más recuerdo que vivencia. También tendrá que haber lucidez para mirar el lado oscuro de nuestra vida presente y de nuestras realidades pasadas; pero no podrán faltar imágenes del nuevo ideal colectivo por construir, ideal que posiblemente ya no podrá asumir, no por lo menos de la misma manera, nuestras viejas fantasías. De seguro, vamos a descubrir que nuestro nuevo imaginario solo podrá ser plural, plural porque deberá integrar la multiplicidad de experiencias humanas en nuestra historia y la diversidad de vida humana en el presente.

Cada generación es portadora de su propio bagaje de imágenes; aquellas que emocionan a nuestros hijos tal vez a nosotros nos resulten indiferentes y por supuesto, viceversa. Pero también contínuamente vivimos un proceso de legado de imágenes y sucesivas generaciones llegamos a tener imágenes comunes. En el momento, en que al fin el Álbum de Figueroa logra ingresar a la vida pública de los costarricenses, algunas de sus imágenes quizás lleguen a ser parte del fondo imaginario compartido por distintas categorías sociales y por distintos grupos generacionales.

Aunque este documento es importante para nuestra memoria colectiva, no lo es menos para nuestro esfuerzo de investigación histórica. Formulo los deseos para que, además de la presente exposición, esta especie de

debut del documento en la corriente de nuestra memoria, el Álbum reciba también la atención del trabajo paciente y crítico de nuestra comunidad de archivistas, historiadores, científicos sociales, artistas y gente de letras. Esa sería la mejor forma de inclinarse ante el esfuerzo, el talento y la extravagancia de su autor.